UNA DIMENSIÓN AMISTOSA DE LA VIUDA DE MIGUEL HERNÁNDEZ EN SUS CARTAS AL POETA ORIOLANO MANUEL MOLINA ENTRE 1949 Y 1971

Cecilio Alonso
UNED-Valencia

Ante algunos cargos que se han ido formulando con ligereza en los últimos tiempos, no sin cierto sensacionalismo biográfico, sobre la personalidad de Josefina Manresa (1916-1987) —pareja inadecuada de un poeta grande y comprometido, especie de intrusa en su vida literaria y política, escasa convivencia matrimonial, carácter retraído y dependiente atenazado por prejuicios religiosos…—, quizás sea oportuno el ir revisando tanto sus memorias publicadas como los vestigios epistolares que, sin pretensión de perennidad, fueron quedando en los buzones de corresponsales de diversa entidad —amigos, editores o críticos— desde los años cuarenta hasta su muerte.

En sus recuerdos de viudez (Manresa, 1980) hay observaciones que revelan inteligencia natural y convicciones propias en contradicción con la hipótesis de su insignificancia o de su falta de reflejos críticos frente a la mentalidad tradicional que había condicionado el cultivo de su inteligencia. Cierta tendencia a la objetividad le permitía apreciar la circunstancialidad de sus prácticas religiosas y aceptar conscientemente el rol social que correspondía a una muchacha como ella, requerida de amores en un contexto rural de mínima tolerancia a la transgresión de las costumbres, siempre expuesta al riesgo de la murmuración, tan nociva para el buen nombre de la mujer. En realidad, poco tenía de extraño el enamoramiento entre una inercial *Hija de María* y el autor de «A María Santísima» y de «La Profecía sobre

el campesino». Pero, aun respirando la misma atmósfera clerical, el sexo y la atracción sentimental buscaban su cauce al margen de presiones religiosas, jugando papeles naturales convenidos y admitidos por ambos: la impaciente insistencia varonil, por un lado, y, por otro, la calculada resistencia femenina que, a mi modo de ver, estaba lejos de una simplicidad pacata aunque fuese tributaria de un arraigado concepto de la honra. Formados en un espacio agrario donde el orden eclesial servía para contener extremas desigualdades sociales, algo de idealismo endogámico cabría atribuir a la fijación de objeto amoroso dentro de dichos límites. El regreso de Miguel desde Madrid a su novia pueblerina restablecía afinidades naturales en el estrato social que les era común, después de unos meses de aparente colapso producido en él por experiencias eróticas e intelectuales más sofisticadas que, en último término, sirvieron para poner a prueba la firmeza de su afecto. «Estoy arrepentido y sé que tengo toda la culpa. No creas que me guía otro interés al escribirte que el de volver a nuestro cariño. Te confieso que he tenido una experiencia muy grande aquí y que me encuentro muy solo. He sabido que mujeres como tú hay pocas y he apreciado más tu valor de esta manera».[1] Su vuelta a Josefina no fue una claudicación incondicional porque no supuso la renuncia al volcán de ideas políticas y experiencias estéticas que ella, de hecho, consintió intuitivamente con todos los temores y sufrimientos de sobra conocidos. Revolución y tradición se concertaban en aquel emparejamiento sobre el que gravitaba el peso de una común mentalidad rural. Con aquella decisión, el poeta daba coherencia a su deseo de trascendencia vital —transmisión de vida, continuidad de la cadena biológica— legitimando los motivos básicos de su poesía —vida, amor, muerte— sin renunciar a la lucha por la justicia y la igualdad que reclamaba con urgencia aquella grave coyuntura de la historia española. De esta forma, las referencias de Josefina a la adquisición de su oficio de modista ponen de relieve un proceso de maduración que no pudo pasar desapercibido para un hombre de las convicciones sociales de Hernández, sensible a la condición trabajadora de aquella muchacha, que entre los trece y los quince años había sido operaria en una fábrica de seda, después aprendiza gratuita de costura y bordado, antes de llegar al taller de la calle Mayor donde él comenzó a cortejarla (Manresa, 1980: 34-37).

---

1 Carta 4-II-1936 (Hernández, 1992: 2372).

Años después, asumidos como viuda los derechos de propiedad intelectual del poeta, su percepción del despiadado espacio editorial en que había de hacerse su sitio canónico la obra literaria de su marido fue evolucionando desde una generosidad desprevenida hasta la consolidación de un criterio exigente sustentado en la certeza de que debía preservar la unidad de aquel legado poético y, sobre todo, aguardar el momento oportuno para transmitir su usufructo sin desnaturalizarlo. Algunas inevitables aprensiones ante los juicios ajenos respondían a su preferencia de defender la obra del esposo más por sus valores literarios que por su significado político cuya instrumentalización temía. Así su resistencia a aceptar la indiscutible militancia comunista de Miguel se puede explicar en su circunstancialidad: sin guerra civil, sin la necesidad de enfrentarse al fascismo, creía Josefina que él no se hubiera aproximado al PCE ni hubiese sido un vehemente defensor de la política soviética hasta en sus últimos meses de cárcel (Pérez, 2003: 56). Quizás se engañara al negar hechos objetivos, pero acertaba al reclamar respeto para percepciones que procedían de su particular conocimiento de un hombre entregado al oficio de poeta en el más alto grado creativo. De ahí también su fidelidad sin restricciones a los intereses de aquella poesía frente a las pretensiones del notario Martínez Arenas o del propio Luis Almarcha, cuando le ofrecieron precarias ayudas para su hijo a cambio de depurar y neutralizar el archivo del poeta descarriado de su casta católica oriolana (Manresa, 1980: 51-153).

En este proceso que duró un cuarto de siglo se produjeron cambios en su relación con amigos o admiradores de Hernández que, habiéndole prestado apoyo en la fase más precaria de su viudez, acabaron perdiendo su confianza y enfriando su amistad. Conforme ella avanzaba en edad y la obra de Miguel, a partir de los años setenta, iba ligándose a la recuperación de las libertades públicas, se acentuaba su recelo ante los apremios de estudiosos y de la voracidad editorial. Josefina notaba cómo iba perdiendo su condición de custodia exclusiva de la memoria de su marido, lo que dio lugar a la tentación de intervenir para rectificar datos e interpretaciones que consideraba erróneas, para pedir el silencio sobre determinados aspectos biográficos o para desmentir decisiones propias adoptadas en los años más oscuros. Le preocupaba que las biografías arrastraran errores que podían subsanarse mientras ella viviera. En la Josefina sexagenaria se despertaron suspicacias retrospectivas, en ocasiones justificadas por algún expolio documental o por simple indelicadeza de quienes ella entendía que habían

tratado de sacar tajada de su inexperiencia, hacia los que se mostraba dolida y enfadada en sus *Recuerdos*.

A falta de las cartas de Josefina a Miguel, sus huellas escritas más directas se han conservado por amigos, investigadores e hispanistas, corresponsales respetuosos que acudieron a ella en busca de vestigios del poeta durante el largo proceso de recuperación de su obra, sin olvidar a los editores con quienes negoció la publicación de los textos. En su mayor parte se encuentran en archivos privados, todavía sin inventario preciso. En el marco del reciente centenario, el profesor Gabriel Morelli (Universidad de Bérgamo) ha divulgado una colección de 27 cartas de Josefina al hispanista romano Dario Puccini (1921-1997), antólogo y autor de *Miguel Hernández. Vita e poesía* (1966), traducido al español en 1970, que marcó un hito en la bibliografía del poeta. Los sugestivos resultados del análisis de Morelli —pendientes de publicación en las *Actas del III Congreso Internacional Miguel Hernández*— invitan a ampliar documentación en esta línea tanto por establecer los rasgos de la personalidad de una mujer que fue referente lírico primario en la poesía amorosa de su marido como por la particular incidencia que tuvo en la conservación de su legado lírico y en la defensa y transmisión de sus derechos legales de propiedad intelectual.

Las cartas a Manuel Molina (1949-1971)

La serie dirigida al poeta Manuel Molina (Orihuela, 1917-Alicante, 1990) suma a los citados motivos una dimensión de acusada espontaneidad, polarizada en torno a pasajes relativos a su trabajo, a la adquisición de la sepultura de Miguel en el cementerio de Alicante y a la educación de su hijo. Molina, también vecino de la oriolana calle de Arriba, que conocía a Josefina desde los tiempos de su noviazgo, vivía en la capital de la provincia desde 1935. En 1934 había acompañado durante unos días al poeta cuando ultimaba su auto sacramental en el Campo de la Matanza, a poca distancia de Orihuela. Durante la guerra se habían encontrado en la madrileña sede de la Alianza de Intelectuales a fines de 1936, en el Ateneo de Alicante (verano de 1937), en Valencia (1938) y finalmente en Cox, en septiembre de 1939 a donde acudió en compañía de Carlos Fenoll, para persuadirlo de que se alejara de su ciudad donde iba a ser detenido poco después. A su muerte, Molina se constituyó en propagador de su memoria desde Alicante.

Defendió la poesía de Hernández en *Espadaña* (1946), le dedicó poemas en su libro *Hombres a la deriva* (1950) y en otros poemarios posteriores. En 1951 contribuyó activamente en la edición de *Seis poemas inéditos y nueve más* (Hernández, 1951) antes de publicar unas prosas evocadoras de su adolescencia oriolana en *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela* (1969). En 1976, su compañero de empresas literarias Vicente Ramos y él documentaron profusamente sus actividades pro hernandianas en un discutido libro —*Miguel Hernández en Alicante*— que no gustó nada a Josefina Manresa.

El corpus aludido está compuesto por quince documentos manuscritos, fechados entre el 12-VI-1949 y el 3-V-1971, dirigidos en tono familiar a Molina, excepto uno de ellos (18-VII-1950) que comparte destinatario con Ramos. Su expresión escrita es espontánea, sujeta a un arraigado sustrato dialectal y trabada por ciertas dificultades ortográficas, que conservamos en la transcripción de sus citas. Salvo la primera carta fechada en Cox, las restantes se remitieron desde Elche con irregular cadencia temporal, nada extraño dada la cercanía entre esta localidad y Alicante que permitía frecuentes visitas recíprocas, haciendo innecesaria una correspondencia convencional. La secuencia de contenidos se segmenta en tres fases delimitadas por motivaciones muy precisas: 1949-1952 (cuatro documentos); 1958-1960 (ocho) y 1964-1971 (tres).

La primera de ellas testimonia los años del traslado a Elche. A mediados de 1949, Josefina pensó en abandonar Cox y establecerse en Alicante a fin de estar cerca de «su cementerio»[2] y de facilitar la educación de su hijo. Por ello (12-VI-1949) recuerda a Molina su deseo de contar con la influencia de Vicente Ramos —como amigo mejor relacionado—[3] para conseguir

2 Después de la muerte del poeta, Josefina intentó que una de sus hermanas obtuviera un estanco en el barrio alicantino de Las Carolinas a fin de asentarse también ella en la capital «para estar cerca de Miguel» (Molina, 1980: 152). Las referencias a sus visitas rituales al nicho del esposo no faltan en sus cartas a Molina, en cuya casa solía aguardar la salida del tren: «El domingo pienso ir ya que el sábado es el aniversario de la muerte de Miguel. Sobre el medio día iré a tu casa después de estar en el cementerio, pero no preocuparse de la comida que ya sabeis como soy», escribe el 25-III-1959. «Quiero ir un dia de estos a mi sementerio [sic] y ya nos veremos» (24-XII-1960). «Tengo ganas de veros. Este mes que viene iré a felicitar a Miguel en el día de su santo» (28-VIII-1964).

3 «Espero que pongas interés y que a Vicente no le sirva de mucha molestia. Sé que tiene buen corazón y que lo hará con gusto si está en su alcance» (1-VI-1949).

un empleo de costurera en el Sanatorio del Perpetuo Socorro donde esperaba ganar entre diez o doce pesetas diarias más la comida. Sus deseos no se cumplieron y un año después trasladó su residencia a Elche donde su trabajo ofrecía mejores perspectivas.

En sus cartas hay momentos de calculada modestia y otros de confiada cordialidad: «Recibi tu carta tú tan atento como siempre. Yo la misma de siempre que abusa de las personas que comprenden las cosas. [...] Di a tus chicas que nosotros también nos acordamos de ellas y las nombramos. Traerlas cualquier domingo que os parezca pero avisa antes para preparar "el pienso" [...]. Me alegro que tengas esas visitas extrangeras.[4] Tú sirves para eso y me alegro que así vaya destendiéndose el nombre de Miguel...» (30-VI-1958).

Pero al tratarse de asuntos editoriales el tono comienza a adquirir firmeza muy pronto. Ya el 18-VII-1950 escribe a Molina y a Ramos, disconforme con los términos del contrato con la editorial Aguilar para la edición de la *Obra Selecta* de Miguel, del que ambos habían sido mediadores, por temer que no se le garantizara la percepción porcentual de derechos más allá del previsto adelanto de cinco mil pesetas. El asunto quedó resuelto favorablemente a fines de agosto por Ricardo Fuente en nombre del editor.[5] Igualmente se resistió a la propuesta de publicar prematuramente las cartas de su marido: «Me gusta que hayais comprendido mis deseos en no publicar las cartas, pues a lo mejor dentro de unos años cambio de parecer» (8-III-1952).

La correspondencia de 1952 recoge el momento de la adquisición en propiedad de la sepultura de Miguel, cuyo alquiler caducaba aquel año. Molina la había acompañado en los trámites municipales y le remitió a Elche la escritura que contenía un error en la ubicación del nicho lo que produjo en ella nueva preocupación. Como es sabido, queriendo evitar que recayera sobre la precaria economía de Josefina todo el peso de la compra, Molina y Ramos habían recurrido a un reducido grupo de amigos para recabar ayudas. En cartas de febrero y marzo, la viuda daba cuenta de diversas aportaciones: 250 pesetas de José Antonio Muñoz Rojas; 415 de

---

4 Se refiere a Marie Chevallier.

5 Véase carta de Ricardo Fuente (29-VIII-1950) transcrita por Ramos-Molina (1976: 120).

Fernández Canivell desde Málaga; 100 de Carlos Fenoll y otras 645 de diversa procedencia remitidas por el propio Molina. Con las de Vicente Aleixandre, Pérez Clotet, José Luis Cano y Gabriel Celaya, que abrió suscripción pública y reunió 535 pesetas en San Sebastián, se superaban las 2042 pesetas que costaba el nicho. Josefina, que en aquellos momentos estaba ilusionada con la aparición de la *Obra Selecta,* no daba muestra de los escrúpulos que sobre este asunto había de manifestar polémicamente veinticinco años después, cuando atribuía a su timidez de 1951 el no haber sabido impedir a sus antiguos amigos de Alicante que molestaran «a tantas personas pidiéndoles subvenciones sin necesidad» y sin contar con ella. En 1980 Josefina pensaba que Molina y Ramos habían tomado aquella iniciativa a causa del malestar que les producía el no haber podido cumplir íntegramente su compromiso de entregarle tres mil pesetas[6] por la edición de los *Seis poemas inéditos...* (Manresa, 1980: 146-147). Sin embargo, el 10 de febrero de 1952 se mostraba exultante tras haber recibido en su casa de Elche la visita de José María de Cossío, cariñosísimo y generoso con su hijo y con ella sin que se sintiese herida por sus dádivas: «Manolo no sabes la gran visita que tuve hace tres días. ¡A don José M. de Cossio! No sabes con qué interés y con el sacrificio que dio con la casa. Vino acompañado de un señor de aquí de Elche[7] en el coche de este señor y dieron mil tumbos por toda esta partida y nadie les decía dónde estaba el 61. Y ya convencidos, tuvieron la idea de ir a correos y gracias que estaba el cartero y este les acompaño. Me demostró mucho interés por ver a Manolin y como estaba en el colegio, al otro dia lo llevé yo a donde el paraba, y no sabes, todo el tiempo que duro la visita lo tuvo abrazado casi encima de el y sin parar de darle vesos y a la despedida le dio cien pesetas para que se comprara caramelos. A mi también me dio 250 para lo del nicho y me dijo que si faltaba que se lo pidiera».[8] Su expansiva jovialidad de aquellos momentos la llevaba a bromear con desenfado sobre «algunos poetuchas» locales que la visitaban de vez en cuando, acuciados por la curiosidad que comenzaban a despertar las nuevas ediciones de Miguel.

---

6 10 % de la venta total de los 1000 ejemplares de que constaba la tirada, a 30 pts. la unidad.

7 Alberto Asencio, presidente del Casino.

8 Cossío había ido a Elche el 7 de febrero para pronunciar en el Casino la conferencia «Cómo se ha llegado al toreo de hoy».

En el segundo periodo epistolar, iniciado en 1958, Josefina expresaba desconfianza general en los editores «que tienen la cara muy dura y que estoy metida en el fondo y a veces me harto y aborrezco hasta los tinteros». Elvio Romero había preparado para Lautaro sus ediciones de *Viento del Pueblo* (1956) y del *Cancionero y romancero de ausencias* (1958) del que acababa de recibir el primer ejemplar: «A la editorial Lautaro le dije que me suponía que ese ejemplar que me han mandado es anticipo de los 10 que me corresponden siempre, para que vea en seguida el libro, si me manda más como le digo, te daré uno que ya hace tiempo que no he cumplido contigo».

El propio Molina, a ruegos de Simón Latino, director de los Cuadernillos de Poesía de la Editorial Nuestra América (Buenos Aires), había mediado para que Josefina autorizara la antología *Los mejores versos de Miguel Hernández* en condiciones que trató de mejorar cuando el libro estaba ya en la imprenta. Ella defendió sus derechos con carácter: «Te diré que me escribió la editorial Nuestra america mandándome los 50 dólares y diciéndome que no me pueden subir mas, porque es eso lo que pagan a todos los autores. Yo les he devuelto los 50 dólares y les digo que autorizo la publicación de ese folleto conforme les dije en mi primera carta. Me apena perder esas dos mil pesetas, pero también veo que es un abuso aceptar esa edición de 4000 ejemplares por tan poca cantidad de dinero. Puede que ya la estén haciendo y no tengan más remedio que pagarme lo que les digo si son formales» (30-VI-1958). El folleto de 40 páginas, al que Molina agregó una breve semblanza del autor, salió en agosto de 1958. Latino anunciaba el envío de ejemplares a la viuda y a Molina. En sus cartas a este (17-VI y 14-VIII), no mencionaba los 50 dólares devueltos, aunque ofrecía otros tantos como anticipo de una posible reedición. Quizás de este modo se zanjaran las diferencias.

Otro asunto fue el de la estancia en Alicante de su hijo (1959) para preparar sus exámenes de bachillerato elemental. Josefina, muy preocupada, recurrió a Molina para que lo controlara a distancia y le sirviera de mediador en sus remesas monetarias: «No será menester que te diga que lo vigiles y le aconsejes lo que veas le hace falta que estudie ortografía que está muy mal también» (9-IV-1959). El amigo lo recibió en la estación, le buscó alojamiento y profesores. La madre deseaba que se fogueara y fuera advirtiendo la admiración que suscitaba la obra de Miguel en gentes

instruidas. Molina lo presentó en sus tertulias y Josefina aseguraba haber notado efectos favorables en muy poco tiempo: «Bueno, si que ha venido Manolín algo cambiado. Le he visto mas interés en las cosas de su padre y esto me alegra haber [sic] si estudia como me dices y llega donde queremos y le hace falta. Sigue presentándole personas haber [sic] si este poco de mundología le suelta algo» (26-IV-1959). Meses después, Manuel Miguel acabó trasladándose a Madrid donde Francisco Ribes, que dirigía la distribuidora Hispanoamericana ligada a la editorial Taurus, le proporcionó un empleo que no resultó muy duradero. Ribes y su esposa, la escritora M.ª de Gracia Ifach, ya lo habían acogido durante un curso en su casa valenciana años antes, con el propósito de regularizar su vida escolar.

Las últimas cartas acusan recibo con brevedad y satisfacción a diversos trabajos publicados por Molina: «No creas que no le he puesto mérito a lo que escribes sobre Miguel y su libro porque no te escribí enseguida. Te lo agradezco mucho todo lo que dices. Tú tan cariñoso siempre, tan apasionado a la verdad y con talento» (28-VIII-1964). Pero a partir de 1971 surgen indicios de tirantez a propósito de ciertos documentos inéditos cuya publicación anunciaba Molina; o al pedirle precisión sobre la mujer enlutada que aparecía arrodillada de espaldas ante el nicho del poeta en una foto incluida en *Amistad con Miguel Hernández* (1971): «Muchas gracias por el envío de tu libro y por el interés en difundir a Miguel. Antes de publicar el que anuncias con cartas y documentos inéditos, haz el favor de enviarme copia de ellos para conocerlos aunque no vayan dirigidos por Miguel a mi. En este libro pon una nota que aclare quien es la que hay en la foto del cementerio. Podría resultar un documento falso» (3-V-1971).

A mediados del decenio, al desbordarse la reivindicación masiva de la obra de Hernández como símbolo de la tragedia republicana, llegó la polémica y la ruptura formal con Ramos y Molina sordos a las rectificaciones exigidas por Josefina que les reprobaba haber buscado protagonismo en el asunto de las ayudas para adquirir la propiedad del nicho.[9] Algún peso tuvo también su resentimiento por el menosprecio hacia su persona que

9 Ramos y Molina (1976: 141-156). La desavenencia entre los autores y Josefina alcanzó momentos muy tensos entre marzo y abril de 1976, con cruce de cartas privadas y alegatos en la prensa, que no es posible describir aquí.

atribuyó a Ramos en sus *Recuerdos* (Manresa, 1980: 147). En el caso de Molina la desautorización pública de Josefina no menoscabó su amistad y trató en privado después de que aquel diera explicaciones personales a sus quejas. Pero por aquellas fechas ya había encontrado, en una nueva estirpe de investigadores y críticos, albaceas adecuados para asegurar la expansión universal del legado poético preservado durante cuarenta años de resistencia entre un cúmulo de fatigas y contradicciones.

Referencias bibliográficas

HERNÁNDEZ, M. (1951), *Seis poemas inéditos y nueve más,* Vicente Ramos y Manuel Molina (eds.), Alicante, Ifach.

— (1992), *Obra Completa,* Madrid, Espasa-Calpe.

MANRESA, J. (1980), *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández,* Madrid, Ediciones de La Torre.

MOLINA, M. (1969), *Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela,* Málaga, El Guadalhorce.

— (1971), *Amistad con Miguel Hernández,* Alicante, Silbo.

PÉREZ ÁLVAREZ, R. (2003), *Hacia Miguel Hernández,* A. Larrabide y J. L. Zerón (eds.), Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández/Empireuma.

PUCCINI, D. (1970), *Miguel Hernández. Vida y poesía,* Buenos Aires, Losada.

RAMOS, V., y M. MOLINA (1976), *Miguel Hernández en Alicante,* Alicante, Ifach.